

El período de Herodes es el de mayor rebajamiento de la literatura judía. El motivo de ello estaba en la enseñanza oral, que impedía escribir, por lo menos en estilo sostenido. El antiguo genio había desaparecido. Ya no había profetas. No había más que débiles imitaciones de las obras clásicas, desarrollos de leyendas relativas a patriarcas y profetas. Se consideraba frívolo escribir libros nuevos. El estudio de la Ley era el único digno de un judío, y este eterno comentario de la *Thora* no producía libros. Todo se reducía a una enseñanza oral, que nos parece fastidiosa.

La escuela había pasado a ser una establecimiento privado, distinto de la sinagoga. El maestro estaba sentado y los discípulos en cuclillas en el suelo, a los pies del maestro. El *Talmud* todavía no se escribía; se estaba formando: se aprendían de memoria las sentencias y soluciones de los doctores famosos, y quizá se tomara nota de ellas por escrito, pero no había redacción seguida ni por orden de materias, ni según el orden de la *Thora*, ni por nombres de autores.

Tal vez se escribían alguna vez aquellas glosas, pero se hacía rápidamente y con letra torpe y descuidada. Cada vez se alejaban más los judíos del espíritu antiguo y se comprendían menos los textos viejos. Lo mismo hizo la escolástica en la Edad Media. Con el nombre de *Halaka* se constituyó una verdadera escolástica judía que paso a paso sustituyó a la Biblia y constituyó el libro funesto llamado *Talmud*.

Al no existir en Judea distinción entre el orden civil y el religioso, el comentador de la Ley era al mismo tiempo magistrado, juez, abogado, notario, funcionario del Estado civil, casuista y legista. Se le respetaba muchísimo y se le llamaba *rabbi*. Todo esto le inspiraba bastante vanidad. Existía ya entonces un error, al que han estado sujetos los judíos en

todas las épocas: el de creer en los niños prodigios. El desinterés de los maestros viejos era perfecto. La Ley se enseñaba gratis, y el doctor se ganaba la vida con un oficio manual. Nosotros, como Jesús, opinamos que todo este ergotismo escolástico era malo. El *Talmud* es un libro perjudicial, que el judío debiera olvidar: pero cuando una nación hace la Biblia se le puede disculpar el haber hecho el *Talmud*.

La falta de cultura griega era la causa principal de esta mala disciplina de los espíritus. Hacía cuatro o cinco siglos que Grecia había creado costumbres intelectuales, una forma de ejercitar el espíritu humano superior a la que había existido antes, y que ha sido el marco, infinitamente ampliable, de toda la civilización ulterior. Todos los pueblos (incluso el romano) habían reconocido esta superioridad y habían seguido la escuela griega. La única que resistía era Judea. Encerrada en su hebreo, desconocía las formas bellas, la buena lógica, todas las aplicaciones del espíritu humano cuyo molde y regla había dado Grecia. Herodes hacía bien en preferir la cultura griega a todas las de Oriente. Nicolás de Damasco, a pesar de su escaso talento, sabía más que el mejor rabino de su tiempo, porque conoció a Aristóteles y la filosofía griega.

Un libro único, llamado *Pirke Aboth*, nos ha conservado los nombres de los doctores más célebres de la época asmónea y herodiana, con sus sentencias más características, que dejan ver la afición al estudio, el amor a la vida retirada, la antipatía contra el mundo oficial y las relaciones mundanas. Eran jurisconsultos y no magistrados. Desconfiaban y temían a las mujeres.

Nombraremos entre ellos a Hillel y Schammaí. Lo que nos queda de Hillel nos lo hace muy simpático. Sus máximas en general se inclinaban a la dulzura, y la leyenda, que ama los contrastes y sujeta siempre los hechos a las necesidades de la vida general, nos presenta las cosas en tal sentido. Los doctores que se inclinaban a una interpretación amplia de los preceptos fueron llamados «los hijos de Hillel», y los que estaban por la interpretación severa, eran «los hijos de Schammaí». Hillel pronunció, según dicen, la máxima siguiente, dirigida a un pagano que pedía un resumen de la Ley: «Lo que no quieras para ti, no se lo hagas al prójimo. Ésa es toda la Ley; lo demás no son más que comentarios. Ahora anda e instrúyete.»

Según parece, Hillel era procedente de Babilonia y reaccionó cuerda-mente contra los monopolios del sacerdocio en Jerusalén. Abandonaba a los laicos muchas cosas que la práctica de Jerusalén reservaba a los sacerdotes. Atribuyó también a la escolástica una importancia que no había tenido hasta entonces, y creó unas reglas de argumentación que seguramente no valdrían lo que las de Aristóteles.

En alguna ocasión se ha comparado Hillel con Jesús. Ambos parecen haber poseído un sentimiento de dulzura y amor al pueblo, pero el Evangelio no podía salir de la *Halaka*, que siempre será fría y seca. De aquellas insípidas discusiones, fruto de escrúpulos pueriles o rivalidades de sacristía, no podía surgir el despertar del sentimiento moral en la humanidad.

Para Schammaí, que es la personificación del rigorista estrecho, no tenía más fin la vida que la ejecución material de la Ley. Fue en todo lo

contrario a Hillel. Éste admitía a todo el mundo en su escuela; aquél hacía antes una escrupulosa selección. Hillel era favorable a los prosélitos, y tendía a la propaganda; Schammai desdeñaba a los prosélitos y quería que se desconfiara de ellos. El día de Kippar hacía ayunar a su nieto recién nacido, exponiéndolo a morir de hambre. Habiendo parido su cuñada un varón el día de la fiesta de los Tabernáculos, mandó quitar el techo de la habitación para transformarlo en tienda, a fin de que el niño pudiera observar, desde su nacimiento, las prescripciones de la fiesta. Únicamente se conoce de él una máxima buena: «Recibe a todo el mundo con afabilidad.» Si fuera verdad que Schammai practicó este precepto, se le podría perdonar que hubiese empleado tanto tiempo en descubrir en qué condiciones se puede comer un huevo puesto en sábado.

Gamaliel fue un doctor más o menos de la misma época, que disfrutó elevada autoridad. Fue el maestro de San Pablo y se mostró benévolo para el cristianismo naciente, tanto, que la tradición cristiana dice que se hizo cristiano, lo cual no es cierto. Gamaliel conservó en la sinagoga un gran renombre, pero fue menos intolerante que los demás miembros del santuario para la secta nueva.

Esta dirección de casuística no fue fecunda. Era la consecuencia de la mayor desgracia que podía ocurrir a la *Thora*; la de ser aplicada, lo cual aconteció desde la rebelión asmónea hasta la destrucción de Jerusalén el año 70. No merecía aquella Ley que se gastase por ella tanto fanatismo; ciertamente no. Elocuente en su parte moral, era defectuosa como código civil y mala en su parte ritual. Por eso la *Diáspora* valía más que Judea. Jerusalén, origen del judaísmo, era el mal del judaísmo. Afortunadamente, había aún soñadores que vivían más en las esperanzas de los profetas que en las realidades de la *Thora*. La supresión de la existencia temporal de Israel al librarla de una falsa idea (la de una ley religiosa, aplicable a un Estado), le devolverá a su verdadera vocación, o sea la mejora religiosa y moral del género humano.